

**HOMENAJE AL
DR. MANUEL V. ORDÓÑEZ**

*Disertaciones de los académicos doctores Alberto Rodríguez
Varela y Gerardo Ancarola, en la sesión pública conjunta de las
Academias Nacionales de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos
Aires y de Ciencias Morales y Políticas,
el 26 de agosto de 1998*

*Apertura del acto a cargo del académico Presidente
Dr. Segundo V. Linares Quintana*

En el presente acto conjunto, las Academias Nacionales de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y de Ciencias Morales y Políticas realizan merecido homenaje a la memoria del doctor Manuel V. Ordóñez, que fuera miembro de número de ambas ilustres Corporaciones, a las que en vida honró por sus relevantes condiciones humanas, morales e intelectuales y brillante desempeño, dejando recuerdo imborrable en los anales académicos y en el corazón de sus amigos así como de todos los que le conocieron y trataron.

Para referirse a la notable personalidad del homenajeado harán uso de la palabra, a continuación, los académicos doctores Alberto Rodríguez Varela y Gerardo Ancarola.

MANUEL V. ORDÓÑEZ

Por el académico DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

Conocí a Ordóñez entre 1954 y 1955. Tenía por entonces 52 años y se encontraba en la plenitud de su vida. Recuerdo cómo me impactó su oratoria fascinante, que desplegaba en cualquier escenario, frente a auditorios colmados o ante pequeños grupos de jóvenes que en reuniones clandestinas escuchábamos impresionados sus lecciones magistrales.

Me hizo el regalo inestimable de su amistad, que se estrechó en las dos últimas décadas de su vida. Mantuve con él conversaciones larguísimas sobre los más variados temas. Le interesaban las especulaciones filosóficas y teológicas, los problemas que giran en torno a la ética política, la historia y sus múltiples interrogantes, la política cotidiana, local e internacional. Le dolía el país y le entristecía la decadencia argentina. Había vivido y conocido tiempos mejores, con grandes actores, cuando nuestro país suscitaba respeto en el concierto internacional y la probidad era la virtud dominante entre gobernantes y dirigentes políticos. *Pero no era un pesimista porque tenía el optimismo sobrenatural de los que saben que el trigo nunca cesa de crecer y tienen la certeza de que en definitiva superará a la cizaña.*

Fue brillante siempre. Se graduó de Bachiller en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe con un promedio de 10 puntos. La formación que recibió en sus claustros dejó en su espíritu una marca indeleble. Porque Ordóñez, desde sus años

juveniles, fue primero que nada un hombre de Fe. Desarrolló una actividad múltiple pero cumplió su trayectoria aferrado a profundas convicciones religiosas. Tuvo enorme interés por las realidades temporales. Pero nunca prescindió de la dimensión sobrenatural. Porque jamás olvidó que en definitiva Dios es Alfa y Omega, Principio y Fin, Meta hacia la cual avanzó durante su larga y fecunda vida iluminado por esa fe que recibió de sus padres y que cultivó durante su adolescencia bajo el influjo de los hijos de San Ignacio.

Ordóñez se graduó de abogado, con diploma de honor, en la Universidad de Buenos Aires, en cuyos claustros enseñó Filosofía e Historia de las Ideas Filosóficas hasta su renuncia en 1945.

En 1969 retomó la enseñanza en la Universidad del Salvador. Renunció a esta casa de estudios y se incorporó a la Universidad del Museo Social, donde enseñó Filosofía del Derecho e Historia de las Ideas Políticas desde los 69 hasta los 84 años, con contagioso entusiasmo juvenil.

Su preocupación por el bien común público le impulsó al campo de la política. No estuvo, empero, dispuesto a pagar cualquier precio. Antepuso sus ideales a las pequeñas ambiciones. Declinó, por ello, una candidatura a Diputado Nacional en la década del treinta porque no estaba dispuesto a transar con el fraude electoral. Fue miembro de la Junta de Coordinación Democrática y organizó la marcha de la Constitución y la Libertad del 19 de septiembre de 1945.

Defendió con empeño ejemplar al diario "La Prensa". Pagó un alto precio, en términos económicos, por esa valiente actitud profesional. Durante un tiempo debió exiliarse mientras sus clientes se alejaban de su Estudio, con la cobardía que a veces suscitan los intereses fenicios, temerosos de continuar con un abogado que no vacilaba en enfrentar las extralimitaciones del régimen. En esos años difíciles, Ordóñez tuvo policías instalados *en su casa* y sufrió cuatro meses de prisión sin proceso. El 16 de junio de 1955 su casa fue allanada. Como se encontraba ausente, fueron detenidos sus hijos Manuel, Marcos y Marcelo. En esos momentos cruciales, encontrándose prófugo, redactó los documentos fundacionales de la Democracia Cristiana.

Triunfante la Revolución Libertadora, fue miembro de la Junta Consultiva Nacional. Allí brilló nuevamente su oratoria incomparable. Al debatirse el tema de la libertad de enseñanza pronunció un discurso magnífico, en presencia del cuerpo y del Ministro de Educación, Atilio Dell'Oro Maini.

Su participación fue decisiva en la fundación del Partido Demócrata Cristiano. Pero no tuvo vocación por el internismo ni albergó ambiciones espurias. Era más un maestro que un hombre de partido. Por eso no entendió las discusiones por pequeñeces ni se amoldó a la mediocridad de la lucha entre las facciones. Se alejó así, de modo irreversible, de la actividad partidaria, y se encaminó hacia otros horizontes, sin declinar jamás su interés por la política de su tiempo.

Fue testigo del surgimiento y desarrollo de los totalitarismos del siglo veinte. Vio nacer y morir al nacionalsocialismo y al fascismo. Murió en 1988, un año antes del derrumbe de la cortina de hierro que aislaba a los países subyugados por regímenes comunistas.

El racismo, que fue practicado por los tres totalitarismos, y que alcanzó dimensiones cósmicas bajo el poder de Hitler, suscitó en el espíritu de Ordóñez una particular repulsión. Desde sus comienzos, enfrentó la avalancha nazi con todas sus energías espirituales, poniendo en evidencia en innumerables oportunidades la perversidad del neopaganismo profesado por el Tercer Reich. Afirmaba que, desde cualquier perspectiva genuinamente cristiana, el antisemitismo debía ser condenado de modo total. Perteneció así a la legión de católicos que se estremecieron ante los horrores del genocidio nacionalsocialista. En la misma sobresalió, con perfiles propios, su maestro y amigo Jacques Maritain. También descollaron hombres de la talla de Peter van der Meer, Jacques Leclerc, Romano Guardini, Luigi Sturzo, Gabriel Marcel, Francois Mauriac, Georges Bernanos y Josph Folliet. En igual orientación se destacaron nuestros compatriotas Monseñores de Andrea y Franceschi, el Padre Carlos Cucchetti -que integró nuestra Academia de Ciencias Morales y Políticas- y Jorge García Venturini, amigo inolvidable, también académico y filósofo profundo, así como eximio columnista de diarios y revistas. De una u otra forma Ordóñez estuvo vinculado con estas figuras

que tanto hicieron por estrechar vínculos entre cristianos y judíos. Ordóñez creía firmemente, con el Padre Congar, que el cristiano que, al decir Padre Nuestro, excluyera de entre sus hermanos a los hebreos, no invocaría verdaderamente al Padre que está en los cielos y no sería oído.

Como otros intelectuales católicos del siglo XX, fue un precursor y un propulsor de la Declaración "Nostra Aetate" del Concilio Vaticano II, en cuyo texto los obispos reunidos en Roma, presididos por el sucesor de San Pedro, deploraron los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de todos los tiempos.

Estos antecedentes, públicos y notorios, fueron los que determinaron que le fuera otorgado el premio Barón Mauricio de Hirsch y que en 1979 se incorporara como experto no gubernamental al Comité de las Naciones Unidas constituido para bregar por el cese de la discriminación racial en el mundo.

No debe, entonces, sorprendernos que el primer homenaje público después de su muerte lo haya organizado el Museo Judío de Buenos Aires, con el auspicio de la Congregación Israelita, mediante un acto en el que hablaron su Presidente y el Cardenal Antonio Quarracino.

No menos firme fue la posición de Ordóñez frente al expansivo totalitarismo comunista. Basta leer el excelente prólogo que escribió al libro de Pedro de Basaldúa titulado *La garra comunista en América Latina*, para advertir hasta qué extremo Ordóñez tenía radiografiado el fenómeno comunista. A su criterio, la Historia no presenta movimiento alguno que haya dominado más gente en menos tiempo y que haya destruido más instituciones sólo en el curso del siglo veinte. Agregaba que el comunismo, más que el fruto de su propio dinamismo, era "la consecuencia del abandono culpable y de la infidelidad del mundo no comunista a los principios espirituales y morales que constituyen la razón de su ser". Porque he conocido la intimidación del pensamiento de Ordóñez tengo la certeza de que hoy -como Solzhenitsyn- marcaría a fuego la creciente penetración de materialismo, el relativismo y el inmanentismo en todo el planeta, con un enorme deterioro para la visión del hombre y de su dignidad connatural.

Cuando la política partidaria lo perdió a Ordóñez definitivamente, fue ganado por otras áreas en las que brilló con su claridad intelectual y su verbo singular. Fue Presidente del Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires en tiempos difíciles. Esta prestigiosa institución desarrolló entonces, a través de la pluma de Ordóñez visible en sus declaraciones públicas, un magisterio cívico que proponía el oportuno retorno al régimen de la constitución histórica, sin distorsiones que desfiguraran el rostro de la República. No siempre los hechos posteriores se ajustaron a su prédica, pero queda el testimonio de su magisterio en tiempos de guerra interna y de graves conflictos internacionales.

En 1972, cumplidos ya los 70 años, Ordóñez dio un ejemplo de juventud intelectual que provocó el asombro de muchos. Los trajines de su vida pública lo habían privado de la concentración necesaria para redactar su tesis doctoral. La tenía en mente desde muchos años antes y la presentó finalmente en diciembre de 1972.

Para preparar esta disertación he vuelto a examinar ese magnífico trabajo, que tituló "El bien común y el Estado", y que el tribunal examinador calificó con nota sobresaliente, recomendándolo al premio Facultad. Ha sido publicado por la Revista "Foro Político", del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad del Museo Social Argentino.

Es una tesis de clara filiación tomista en la que procura deslindar la sociedad política del Estado y marcar la primacía de la persona humana. Además, bajo el influjo de Maritain, sostiene que "individualidad y personalidad son dos aspectos metafísicos del ser humano, cada uno con su fisonomía ontológica propia". Esta distinción, que tanta oposición recibió de algunos sectores de Argentina y Chile, apuntaba simplemente a marcar que el hombre es parte de la sociedad política pero no con todo su ser porque éste queda siempre reservado a Dios, su fin último. Aquietada hoy la polémica, pienso que en el trasfondo de la controversia había, presumiblemente, cierta aversión política que algunos autores experimentaban frente a Maritain por su posición ante la guerra civil española y por la firme postura que asumió, junto a los aliados, durante la 2a. guerra mundial. En rigor, lo que el gran filósofo francés procuraba demostrar es lo

que enuncia Ordóñez, siguiendo sus pasos, como conclusión de su tesis, en el sentido de que “el bien particular está subordinado al bien común porque el hombre como individuo está subordinado a la sociedad como la parte al todo”, sin perjuicio de que “la sociedad esté subordinada al hombre en cuanto persona humana en razón de su trascendencia”.

Cumplido el requisito doctoral, la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales lo designó Miembro Titular. Ordóñez pronunció su discurso de incorporación el 11 de noviembre de 1975, precedido por las cálidas palabras del Presidente del cuerpo, Alberto G. Padilla, y de Jorge M. Mayer, quien tuvo a su cargo la presentación y recepción del nuevo académico.

La disertación versó sobre “El Derecho Natural” y es una pieza de antología. No sólo por el fondo sino también por la forma como la pronunció, sin texto escrito, con su oratoria formidable. Comenzó haciendo la apología de la persona humana como “lo más excelso de la Creación”, marcando que “el hombre nació para siempre”, porque “está llamado a un fin eterno”.

A continuación, siguiendo a Maritain, definió al Derecho Natural como “el orden del ser humano que la razón puede descubrir y de acuerdo al cual la voluntad debe proceder para que el hombre alcance la plenitud de su ser”.

A juicio de Ordóñez, “quienes se han levantado contra el bien entendido derecho natural son principalmente los racionalistas y los positivistas jurídicos”. Agregó que “son los descendientes del hombre despedazado, el hombre al cual Maquiavelo le quitó la base moral en la política; Kant, la base moral en la filosofía; Rousseau, lo hizo creador de su propia ley; y Comte, negador de todo lo que no cae bajo la experiencia sensible”.

Con palabras de Pío XII, Ordóñez señaló que “la crisis de la administración de justicia, que sobrepasa las habituales deficiencias de la conciencia moral cristiana, tiene como causas inmediatas y principales el positivismo jurídico y el absolutismo de Estado, dos manifestaciones que a su turno derivan y dependen una de la otra”.

Seguidamente, Ordóñez planteó el siguiente interrogante: “Si el derecho positivo no tiene su fundamento en el Derecho Natural ¿en qué se funda?” Porque si el derecho positivo fuera

causa y efecto al mismo tiempo, habría que aceptar la conclusión de Jellinek, en el sentido de que “todo acto emanado del poder soberano, es por naturaleza conforme a derecho y no puede ser contrario al derecho”, o la de Carré de Malberg, quien sostenía que el Derecho Natural “es un error del cual sería de desear que la ciencia del derecho llegue de una vez a desembarazarse”

Ordóñez califica a esas proposiciones de “dislates” que sólo han servido para desproteger a la persona humana y con énfasis proclama que “los jusnaturalistas reclamamos para este mundo convulso en el que nos toca vivir, para esta República que yace en la abyección (Ordóñez hablaba en diciembre de 1975), la recuperación de la vigencia de estos principios fundamentales, anteriores a toda legislación, puestos por el Creador, conocidos por nuestra conciencia y que vivirán con nuestra naturaleza hasta la consumación del mundo”

Antes de finalizar su discurso, refutó la difundida objeción según la cual la inmutabilidad del Derecho Natural sería incompatible con la variabilidad del derecho positivo. Sobre el punto, Ordóñez señaló que “el hombre es esencia y es historia; la historia varía, por lo cual el Derecho Natural, inmovible e inmutable en su principio y esencia, puede fundar derechos positivos variables en el mundo cambiante de las constelaciones históricas, en las cuales el hombre debe desarrollarse y alcanzar su fin”.

Es una pena que Ordóñez haya escrito tan poco. Pronunció innumerables discursos, pero fue refractario a volcarlos por escrito. Por eso, a pesar de haber sido el orador más requerido de su tiempo, era renuente a pronunciar disertaciones y comunicaciones en ambas academias -la de Derecho y la de Ciencias Morales y Políticas-, en cuyas sesiones privadas hizo aportes memorables que lamentablemente no han recogido los volúmenes de Anales. Sin embargo, tenía una pluma diáfana y convincente. Cuando murió Maritain escribió un artículo en “La Prensa” que fue premiado como el mejor de los que se publicaron con motivo de ese fallecimiento.

Fue un hombre de Fe, Esperanza y Caridad. Amó a Dios por sobre todas las cosas y tuvo una intensa vida espiritual y sacramental. Era un devoto de Nuestra Señora y confiaba -así me

lo dijo- en su intercesión decisiva en la hora de la muerte. Tengo en mi retina la imagen de Ordóñez en oración frente a la imagen de la Virgen en su santuario de Luján, al que concurrimos el 29 de mayo de 1976, con motivo de un homenaje tributado a Pedro Eugenio Aramburu.

En el último tramo de su vida, su enfermedad de creciente gravedad no logró quebrantarlo. Permaneció firme, hasta el final, proclamando los ideales de toda su vida y guardando rigurosa fidelidad a sus principios y convicciones. A fines de 1987 concurrió al Colegio de Abogados y quiso todavía participar, con palabras inolvidables, en la presentación de mi libro *Historia de las Ideas Políticas*. Fue su último discurso.

Se recluyó en su casa y pasó sus últimos días expresando a sus hijos y amigos: "Porque confío en la misericordia de Dios, ahora no me interesa pensar en otra cosa que en la nueva vida que estoy por empezar".

En la última conversación que tuve con Ordóñez, tres días antes de morir, me reiteró que me dejaba como legado su *Suma Teológica*, y me entregó, como quien transmite un testimonio, una fotografía que le dedicó Maritain cuando estuvo en la Argentina. Se encontraba sereno, aguardando el encuentro con el Señor. Al entregarme el retrato quiso asociar a esa última despedida el recuerdo del filósofo contemporáneo que más influyó en su formación intelectual.

Al verle, en ese instante final, comprendí que aguardaba la partida con la tranquilidad de los justos. Como el Apóstol Pablo, podía decir en su última hora: "He luchado el buen combate, he guardado mi Fe, he terminado mi carrera: ahora sólo me resta ir a recibir la recompensa que el Señor me tiene aparejada, no sólo a mí, sino a todos cuantos han aguardado con amor su venida".

HOMENAJE A MANUEL V. ORDÓÑEZ

Por el académico Dr. GERARDO ANCAROLA

Las dos Academias Nacionales, a las que honró como miembro de número, le están rindiendo este homenaje a Manuel V. Ordóñez. Pero los asistentes de esta tarde -por su número y representatividad- demuestran que el acto ha encontrado un eco mayor y a él se adhieren los que consideran que Ordóñez merece un reconocimiento público por lo que fue, y sobre todo, por lo que representó en el panorama político y social argentino.

Por ello, y aun comprendiendo el carácter de la tribuna en la que voy a formular mis reflexiones, he preferido dejar para el doctor Alberto Rodríguez Varela el tono académico y la valoración académica de su obra -lo que acaba de hacer con el brillo acostumbrado- para, valiéndome de la estrecha amistad que por más de treinta y cinco años me unió a Manuel Ordóñez, situar su figura en los cambiantes momentos de este turbulento siglo que en su larga vida tuvo como escenario, y marcar así los perfiles humanos de su rica personalidad.

Comencemos por recordar que nació en Rosario casi con el siglo -el 23 de mayo de 1902- cuando la Argentina, con el empuje que le diera lá "Generación del 80", ocupaba por su rápido y prodigioso desarrollo en todos los órdenes un lugar de vanguardia en el mundo y su ciudad natal era, precisamente, el ejemplo más claro de ese increíble desenvolvimiento. Hagamos entonces el ejercicio de proyectarlo desde 1910 cuando evocaba

los fastos del Centenario que vivió de niño, hasta su muerte -ocurrida el 15 de mayo de 1988- y su trayectoria vital recorrerá la Argentina que va de la grandeza a la decadencia.

Además, una inteligencia despierta y cultivada como fue la suya, tuvo el privilegio de ser testigo de cambios -en el mundo y en el país- revolucionarios y fascinantes. Aquí, con el sufragio libre sube al poder el radicalismo, primero con Hipólito Yrigoyen y luego con Marcelo T. de Alvear, al que tanto admiró y al que estuviera vinculado por su casamiento con Beatrix Gallardo, hija del que fuera su ilustre canciller. Poco tiempo después estallaría la revolución del 6 de setiembre de 1930 y comienza ya nuestro deterioro institucional.

Simétricamente, en el exterior, pasada la primera guerra mundial se entronizarían los tres grandes totalitarismos: el comunismo primero, el fascismo después y en 1933 el nazismo, este último a través de elecciones libres, hiriendo así de muerte a las ingenuas democracias formales en Occidente. Ordóñez tiene 34 años cuando estalló la Guerra Civil española que tanta repercusión tuvo en la vida nacional y que tanto dividió a los argentinos. Ese drama caló muy hondo en su espíritu, volcando sus simpatías por el bando republicano. Y por esos años, se alinea entonces definitivamente en la corriente ideológica que aspira a organizar la sociedad, el Estado y el poder a la luz de los principios evangélicos y del ideario democrático, siguiendo así entre nosotros una línea de pensamiento en la que se destacaron en el siglo XIX como sus precursores Esquiú y Frías, Estrada y Goyena y que en Europa tuvo en Jacques Maritain a su arquitecto ideológico, filósofo al que Ordóñez conoció personalmente cuando en 1936 visita Buenos Aires, con el que mantuvo una fecunda amistad y al que reconoció como la personalidad que más influyó en su vida.

Bajo la inspiración de la Democracia Cristiana se reconstruyeron, después de la Segunda Guerra Mundial, las instituciones europeas en un clima de progreso, justicia social y libertad. Ese era el modelo de sociedad al que, para su patria, aspiraba Ordóñez. A partir de entonces comienza su mayor gravitación en la vida política argentina y se va constituyendo en todo un referente demócrata cristiano, haciendo conocer sus ideas

en actos públicos, en escritos y en pequeños círculos donde forma numerosos discípulos; todo esto, en el país de los años 40 cuando ya se advertían signos inequívocos de convulsiones y cambios profundos.

Y en ese sentido vio claro -cuando muchos no lo percibieron- que luego de la revolución del 4 de junio de 1943, con la ascensión al poder del populismo, iba a producirse en la Argentina histórica un trastocamiento de valores difícil, sino imposible, luego, de recomponer. Por eso tuvo siempre para su inspirador y sus seguidores una postura de frontal oposición, enfrentando valientemente al gobierno de facto y apoyando públicamente a la "Unión Democrática" en los comicios del 24 de febrero de 1946. Solamente por su actuación en esas jornadas memorables, merecerá Ordóñez el reconocimiento de las futuras generaciones, cuando joven aún y junto a muy pocos, salvó con su conducta el honor de los católicos argentinos.

Porque para él no podía existir entre el catolicismo y la democracia ningún tipo de incompatibilidad. Más aun, no se concibe el catolicismo sin la vigencia de todas las libertades fundamentales que enriquecen a la persona humana y posibilitan que su adhesión a las verdades trascendentes no sean sólo producto de la fe, sino también fruto de la razón y de la inteligencia.

Esa firme oposición al primer tramo del régimen peronista le valió persecución y cárcel, sobre todo cuando ejerció la defensa del diario "La Prensa" -confiscado y expropiado- o cuando en 1954 y en la clandestinidad -ahora muchos olvidan que entonces se vivía en una dictadura- fue uno de los fundadores del Partido Demócrata Cristiano al que representó, con gran eficacia y dotes parlamentarias, en la Junta Consultiva Nacional creada por la Revolución Libertadora del 16 de setiembre de 1955, movimiento cívico-militar de recuperación de las libertades que lo contó entre sus más entusiastas defensores y leales colaboradores.

Luego de esos acontecimientos adquiere su figura una dimensión política nacional. Formó parte entonces de la última generación de políticos argentinos que prolonga el brillo de nuestras mejores tradiciones cívicas, aunando el pensamiento con la acción en el marco de conductas éticas irreprochables. Esta clase

de políticos -doloroso es reconocerlo- está hoy en el país prácticamente en vías de extinción. Por eso, nos va como nos va. Porque Ordóñez fue un político en la más alta acepción de la palabra; un político de la actividad política como obligación moral de la conciencia, ya sea para el testimonio o para la actividad concreta. Por todo ello, no fue un político del verbo "politiquear".

Pero a pesar de su sólida formación doctrinaria y de su gran vocación por la cosa pública, hoy en perspectiva es indudable que no pudo, o quizás no supo, bajar a la arena de las cotidianas luchas internas, siempre tan ingratas y a veces tan despiadadas, sobre todo cuando los aparatos partidarios son manejados por los mediocres o por los resentidos. Y cuando en el seno del partido en el que era su figura más representativa, se dio la alternativa entre mantener intangibles los principios frente a todas las peripecias políticas, o volcarse a un activismo desenfrenado con las desvirtuaciones ideológicas y las desviaciones éticas que casi siempre esto acarrea, imponiéndose esta última posición, Ordóñez abandonó la política partidista. Su paso por la militancia sólo había durado poco más de tres años. Acató su derrota y tuvo el buen gusto de continuar viviendo sin reproches.

Comienza entonces otra etapa que se prolonga prácticamente treinta años, hasta su muerte, y en la que Ordóñez se va transformando en un ciudadano respetado e ilustre; en un hombre de consejo que a medida que pasaba el tiempo habiendo ya roto los moldes -siempre estrechos- de un partido, orientaba y era escuchado por toda la opinión pública. Pero obsérvese que no ocupó -salvo su fugaz paso por la Junta Consultiva Nacional- ningún cargo público relevante. Y un país que desperdicia así sus figuras consulares, pone en grave peligro no sólo su presente sino también su futuro.

Esa suerte de exilio político interior hizo que se volcara a la docencia universitaria -en las Universidades del Museo Social y del Salvador- fascinando a sus alumnos con lecciones magistrales; a las actividades sociales y culturales de significación, ocupando en el Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires cargos directivos e inclusive la presidencia en una gestión siempre recordada y en el seno de las dos Academias Nacionales

cuyos cuadros integró y en las que dejó la impronta de su cultura y de la fineza de su trato.

Pero quienes lo conocimos estrechamente como fue mi caso, ya que durante más de tres décadas -como dije- estuve vinculado con él colaborando en su gestión política y universitaria, conocemos aspectos de su vida que hacían más cautivante su personalidad y que no podremos nunca olvidar.

Así, por ejemplo, su optimismo activo; su cultura polifacética; su curiosa actitud frente a lo desconocido; su catolicismo militante pero abierto; su sincero amor por el pueblo; su aguda manera de conversar que lo hacían un “causeur” tan extraordinario que en cualquier reunión a la que asistía lo transformaba de inmediato, y naturalmente, en el centro de la atención; su oratoria de estilo clásico pero que él adaptaba a las circunstancias de tiempo y lugar, con algunas piezas como la despedida al padre Ducatillón en 1945, que pueden equipararse por su belleza formal a los mejores discursos pronunciados en la Argentina; su modestia y su generosidad, que en la vida pública le hacían rehuir de honores y en la vida profesional renunciar a los honorarios y, finalmente, hasta por la elegancia de su exterioridad que él cultivaba con esmero.

Y agréguese a todo lo anterior, como un rasgo más de su inteligencia, su sentido del humor. Un humor fino, ácido a veces pero nunca cruel. Por la calidez de esta reunión, me voy a permitir contar una anécdota que en ustedes dibujará una sonrisa y a mí me servirá para seguir cultivando una de las ramas del mundo jurídico a la que, quizás por los años, le estoy prestando cada vez más atención: el derecho a la nostalgia. En cierta ocasión, en la sala de profesores de la Universidad del Salvador, donde él era el titular de Filosofía del Derecho y yo su asociado, mientras lo esperaba para tomar exámenes, se me acercó para conversar un profesor de orientación nacionalista con quien Ordóñez tenía grandes discrepancias. Cuando estuvimos solos, me preguntó de qué habíamos hablado. “De nada en especial, le dije, cambiamos ideas sobre la materia”. De inmediato me contestó: “Lo imaginaba; con ese hombre nunca podrá hablar del espíritu...”.

Tuvo una vejez vigorosa, pero el destino, con la velocidad de los cambios de los años 70, le reservó algunas sorpresas que le

parecían imposibles: el regreso del peronismo al poder en 1973; la violencia homicida que instauró la subversión y la respuesta desde el Estado; o la guerra contra Inglaterra en el Atlántico Sur. En los últimos años, a pesar de algunos achaques físicos mantenía una notable lucidez. Afortunadamente, no padeció las flaquezas seniles que ensombrecen la ancianidad.

Lo visité asiduamente en sus días postreros. En el país se vislumbraba entonces un final traumático porque la inflación era rampante y el gobierno había perdido el control en lo económico y el rumbo en lo político. En la conversación final que tuve —prácticamente horas antes de morir— además de entregarme un casete con una suerte de testamento oral, hablamos mucho y de muchas cosas. Al considerar la situación política, como ya se rumoreaba la posible reforma de la Constitución Nacional, fue ese uno de los temas dominantes, casi su preocupación mayor. “Que no la toquen... que no la toquen” me repetía una y otra vez. Se explica: su generación, como las anteriores, hicieron de la intangibilidad de la Constitución histórica, un dogma laico.

Señoras y señores:

En esta década transcurrida desde su muerte, la velocidad de los cambios —es decir la aceleración del tiempo histórico— no sólo no se ha detenido, sino que se ha acrecentado. Al lado de los fabulosos adelantos tecnológicos que han cambiado hasta la raíz misma de la vida de los hombres, se sucedió también el hecho político más trascendente y de mayores consecuencias de esta segunda mitad de la centuria que termina: el colapso del mundo comunista. A su vez, en el país, los cambios políticos han sido también fundamentales. Hay sin duda, una consolidación a nivel popular del sistema democrático, pero paralelamente hay un deterioro moral —en todos los niveles— alarmante. Y la sustitución del texto en 1994 de la Carta Magna, nos ha conducido a un tembladeral institucional imprevisible.

Pero tenemos derecho a la esperanza. La misma reunión de esta tarde por el cariño que trasuntó, es reconfortante. Los pueblos que tienen grandes muertos, tarde o temprano superan sus crisis, porque ellos que ya son la Historia, generan una energía espiritual que se trasmite a las nuevas generaciones.

Seamos pues optimistas. Ya vendrán quienes tomen las ideas de Manuel Ordóñez o imiten sus virtudes cívicas y su conducta moral. Ya vendrán entonces, los que colocarán nuevamente a la Argentina por el camino de la grandeza por la que tanto soñó y tanto luchó.